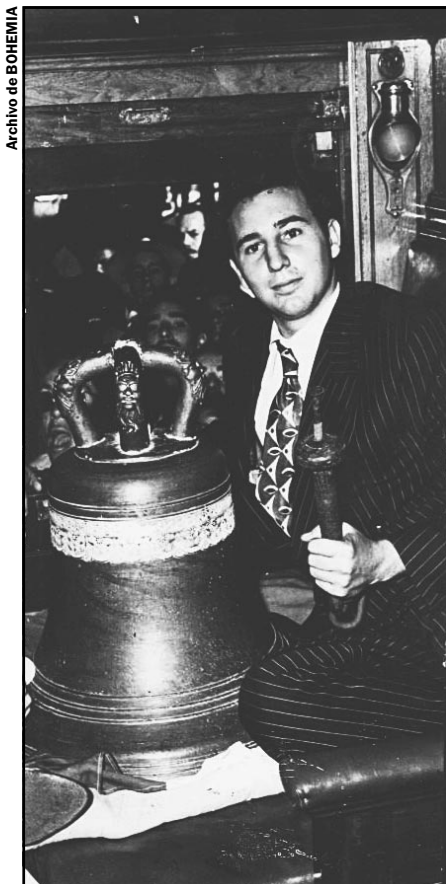


Mirada estratégica de Fidel

El máximo líder de la Revolución Cubana cumplió el precepto martiano de que “debe hacerse en cada momento, lo que en cada momento es necesario”

Por **EUGENIO SUÁREZ PÉREZ***



Siendo alumno de la UH y uno de sus paladines contra la politiquería y la corrupción gubernamental, entró en contacto con militantes ortodoxos y de la Juventud Comunista de Cuba.

VARIOS fueron los factores que influyeron en las concepciones de Fidel Castro Ruz para alcanzar revolucionariamente el poder en Cuba. Entre ellos: tras el golpe de Estado realizado por Batista el 10 de marzo de 1952, el enfrentamiento no podía ser por métodos legales ni constitucionales. La gran masa trabajadora del país carecía de conciencia de clase y cultura política, por lo tanto, no comprendía los problemas del poder y el Estado; sin embargo, a lo largo de su historia los cubanos habían demostrado patriotismo, dignidad, rebeldía y, sobre todo, odio a las tiranías.

Concedor de ideas esenciales del marxismo leninismo y convencido de que podían aplicarse en la Isla, el entonces joven abogado concluyó que debía movilizar al pueblo para emprender una rebelión popular armada, y que las armas para combatir a Batista estaban en los cuarteles.

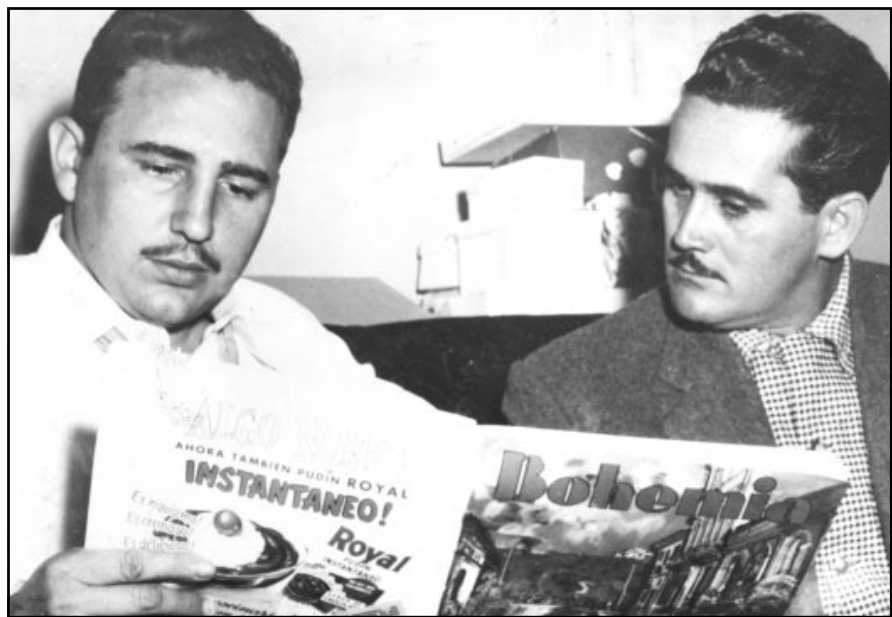
Veamos los antecedentes. Antes de 1952, Fidel había trazado su primera estrategia para alcanzar el poder y dar respuesta a los males que laceraban el país. El Gobierno de Carlos Prío (representante del Autenticismo) finalizaba su mandato desprestigiado por su sumisión a los intereses de Estados Unidos, el robo al erario público, el gansterismo, los asaltos a los sindicatos, el asesinato a dirigentes obreros comunistas, la corrupción y la crisis de las instituciones políticas. La cacareada democracia representativa y el parlamentarismo burgués resultaban incapaces de resolver esos graves problemas.

En la oposición, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), bajo la

dirección de Eduardo Chibás, contaba con bastante influencia en la masa obrera y campesina, e incluso en la pequeña burguesía. Muchos creían que su triunfo en las elecciones de junio de 1952 iba a estar garantizado. Como Fidel apreció, esto “no traería por sí mismo cambios sociales en el país, pero abría posibilidades futuras de acción a los revolucionarios”.

Empero, debido a la temprana muerte de Chibás, el 16 de agosto de 1951, la dirección de la ortodoxia se afectó. Los nuevos líderes, además de rechazar un pacto de unidad con el Partido Socialista Popular (comunista), abrieron sus puertas y otorgaron cargos a viejos politiqueros y latifundistas. En consecuencia, si bien había un potencial enorme en el resto de sus afiliados y en el pueblo en general, les faltaba una dirigencia correcta y dispuesta.

A partir de ese momento, Fidel empezó a concebir otra estrategia. En primera instancia, decidió presentar en el Parlamento, en nombre de los ortodoxos, un programa



Juan Manuel Márquez participó en la fundación del Partido Ortodoxo junto a Chibás, y muy pronto se enroló con Fidel en la expedición del *Granma*.

revolucionario, con las mismas medidas que incluiría luego en su alegato de autodefensa durante el juicio que se le hiciera por haber asaltado el cuartel Moncada. Aunque convencido de que el Congreso no las aprobaría, estaba seguro de que se convertirían en un programa capaz de movilizar a diversas fuerzas sociales y políticas del país, en pos de la lucha por el poder revolucionario.

El golpe de Estado encabezado por Batista, a 82 días de las elecciones, puso fin a esta estrategia.

Respuesta moral y jurídica

Aunque en las primeras horas del cuartelazo batistiano hubo cierta oposición cívica, ni los militares ni los auténticos, cuyo Gobierno se desmoronó, ni la dirección ortodoxa realmente desarrollaron un enfrentamiento efectivo. La situación política estaba a favor de Fulgencio Batista: la burguesía proimperialista y los anticomunistas lo apoyaban. Estados Unidos consideró que era el Gobierno más seguro para sus intereses. El golpe, además de acrecentar la crisis política nacional, desestabilizó aún más el Partido Ortodoxo, en el que se multiplicaron las debilidades y ambiciones de su dirigencia.

Sin haber cumplido los 26 años, Fidel Castro Ruz, se opuso públicamente a la asonada. De inmediato, elaboró un manifiesto, el primero que escribiera en su vida de revolucionario. No pudo publicarse por la censura de prensa, pero se distribuyó en forma de volante, el 16 de marzo, en el encuentro que cada mes los ortodoxos hacían ante la tumba de Chibás.

Bajo el título de *¡Revolución no, zarpazo!*, condenó moralmente a Batista—quien había manifestado que el golpe era una acción revolucionaria—y expuso que el enfrentamiento al régimen debía ser mediante la lucha armada. Calificó el cuartelazo con estas palabras: “No llame revolución a ese ultraje, a ese golpe perturbador e inoportuno, a esa puñalada traperera que acaba de clavar en la espalda de la República”. Y concluyó el texto con una arenga: “Cubanos: Hay tirano otra vez, pero habrá otra vez Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la Patria, pero habrá algún día, otra vez, libertad.

“Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del Partido Glo-



Esta publicación clandestina denunció la asonada batistiana.

rioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida, nada se pierde, ‘vivir en cadenas es vivir en oprobio y afrenta sumido’. ‘MORIR POR LA PATRIA ES VIVIR’.

Catorce días después de la asonada, el 24 de marzo, Fidel presentó ante el Tribunal de Urgencia de La Habana un recurso de inconstitucionalidad contra Batista y su régimen. Al mes siguiente, el 6 de abril de 1952, el periódico *La Palabra* (creado por los ortodoxos) publicó otro de sus artículos, titulado *¿Qué diferencia Hay?*, en el cual comparaba a Carlos Prío y Fulgencio Batista. Uno de sus párrafos afirma: “La semilla de la rebeldía

heroica se irá sembrando en todos los corazones. Frente al peligro, el heroísmo invita, germina con la sangre generosa que se vierta”.

El 16 de agosto de ese mismo año, primer aniversario del fallecimiento de Eduardo Chibás, una edición especial del periódico clandestino *El Acusador*, incluía dos escritos de Fidel: uno era *Yo acuso*, en el que arremete contra el dictador: “Fulgencio Batista, los perros que lamen tus llagas diariamente no lograrán jamás ocultar los fétidos olores que salen de ellas. Tu vida, tu pasado, tu presente, tus mentiras, te pierden irremisiblemente”. Otro de los párrafos dice: “Frente a ti, a Cuba le queda un solo camino: el sacrificio, la inmolación en aras de sus amadas libertades”.

El otro texto, *Recuento crítico*, estaba dirigido a la pusilánime dirección ortodoxa, después de varios meses de tocar a todas las puertas de esos políticos sin recibir respuesta. El documento concluye: “El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La Revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un Partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular que salve a Cuba”.

Revolución popular, no tiranicidio

Fidel estaba convencido de que la lucha armada era la única vía para



Rafael García Bárcenas fue detenido y enjuiciado por conspiración; entonces, Fidel decidió no esperar más por alguien que encabezara la Revolución.

enfrentar a Batista y que necesitaba una estrategia coherente para unir a todas las fuerzas opositoras. Pero estaba solo, sin dinero ni recursos, sin armas, sin el apoyo del Partido Ortodoxo u otra organización.

¿Cuál fue, entonces, su nueva estrategia? Comenzó a organizar un grupo de combate con afiliados al Partido Ortodoxo, quienes empezaron a recibir una preparación militar elemental. Fidel no aspiraba al liderazgo ni a una jefatura, su objetivo consistía en preparar el destacamento y entregarlo a los líderes de la ortodoxia cuando estos se decidieran a enfrentarse al régimen batistiano. Muchos y difíciles fueron los obstáculos que debió enfrentar, sobre todo económicos, falta de comprensión y apoyo, pero nunca se desalentó.

Transcurrieron cinco meses después del golpe y los dirigentes ortodoxos permanecían sin hacer nada. Entonces, Fidel optó por otro lenguaje: desafiar y reclamar que la dirección del Partido desempeñara un papel decisivo en la lucha.

Llegado 1953, y al no obtener respuesta alguna, Fidel intensificó la preparación militar del destacamento de jóvenes ortodoxos humildes, desconocidos, honestos, con una gran disposición de destruir el ilegal régimen.

En marzo de ese año, estableció vínculos con el profesor universitario Rafael García Bárcenas, también ortodoxo, quien actuando de modo independiente organizó el Movimiento Nacional Revolucionario. Bárcenas pretendía atacar y tomar el enclave militar de Columbia, en La Habana, pero la manera en que organizó la acción lo llevó al fracaso y fue detenido el 5 de abril.

Entonces Fidel, 13 meses después del golpe de Estado, decidió no esperar más por un líder que se pusiera al frente de la Revolución. “Tal fue mi última esperanza de hacer algo con alguien, de que surgiera un jefe, porque nosotros estábamos buscando un jefe entre los políticos conocidos con posibilidades y proyecciones para luchar por el derrocamiento de Batista”, diría luego.

A Fidel nunca se le ocurrió dar un golpe ni conspirar con el Ejército u organizar un atentado contra Batista, lo cual, según sus propias palabras, “habría sido perfectamente po-



Archivo de BOHEMIA

Antes de emprender la lucha armada, empleó otros medios para provocar la acción de las fuerzas opositoras al tirano.

sible: interceptar con 50 hombres la caravana del Presidente y liquidarlo, pero eso no era hacer una revolución, habría sido un golpe de mano”.

Por el contrario, su estrategia se componía de “dos ideas bien claras y de raíz marxista: revolución popular; no golpe de Estado; otra, revolución popular no tiranicidio [...] el problema no se resolvía matando a Batista; que el problema de nuestra nación era una cuestión de sistema, no de personas, y que había que destruir el sistema”.

En consecuencia, elaboró el plan de “atacar el cuartel Moncada, sublevar la ciudad de Santiago de Cuba, vencer la resistencia, decretar la huelga general de todo el país, lanzar el programa revolucionario. Era la ocasión de desarrollar las ideas que concebimos [...] antes del 10 de marzo de 1952 [...] y si no podíamos derrocar a Batista marchar a la Sierra Maestra”. Ya en las montañas iniciaría la guerra irregular.

Es conocido que los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes fracasaron. Fidel y parte del grupo se dirigieron a las montañas, pero fueron detenidos y juzgados.

No obstante, esa acción revolucionaria influyó en la futura estrategia de Fidel. El hoy general de ejército, Raúl Castro Ruz, así lo con-

sidera: “Fueron de vital importancia los resultados de aquel fracasado ataque al cuartel Moncada, porque inició un período de lucha armada, creó una nueva dirección y una nueva organización, destacó a Fidel Castro, como el dirigente y organizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba y sirvió de antecedente y experiencia para las acciones futuras [...] Fidel no se eleva a la dirección nacional de Cuba solo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en la organización del asalto al cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la patria, el programa del pueblo. Y no solo expuso ese programa, sino que demostró la voluntad de realizarlo, y enseñó el camino para conquistarlo”.

En presidio, Fidel trazó otra estrategia, con dos propósitos bien definidos: que la opinión pública conociera, primero, los crímenes cometidos en Santiago de Cuba y Bayamo tras el 26 de julio de 1953; y segundo, divulgar el programa de la Revolución.

También desde la prisión –según testimoniaría con posterioridad– concibió la idea de “preparar desde fuera una expedición, desembarcar en Cuba con 300 hombres más o menos, no estaba pensando en artillería ni en morteros, sino en armas automáticas como medio de neutralizar la aviación”.

No obstante, una vez amnistiado, quiso agotar la posibilidad de “seguir la lucha política, cívica, con un mínimo de garantías indispensables”. Cerradas todas las opciones en ese sentido, asumió que “no queda más solución que la del 68 y el 95”. Y partió hacia México, a cumplir la estrategia que se había trazado en la prisión. A organizar, como había hecho Martí, la guerra necesaria. ●

***Doctor en Ciencias Históricas. Director de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado (OAH).**

Fuentes consultadas:

Documentos localizados en el Fondo Fidel Castro de la OAH. El libro *Fidel Castro. Guerrillero del tiempo*, de Katuska Blanco. Los discursos pronunciados por Fidel Castro Ruz (1° de mayo del 2000) y por Raúl Castro Ruz (26 de Julio de 1961); y el Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba.